

La evaluación, valoración y simulación del aprendizaje en tiempos de pandemia en Ojinaga, Chihuahua

Ramón Reza Gaspar



La pandemia cierra las puertas de la escuela, pero nunca frenará a los amantes de la educación. Maestro Ramón Reza Gaspar en la Escuela Secundaria número 7 Presidente Adolfo Ruiz Cortines, en la ciudad de Ojinaga, Chihuahua. Diciembre del 2021.

Fuente: cortesía de Alejandra Rodríguez Guillén

Reza Gaspar, R. (2022). La evaluación, valoración y simulación del aprendizaje en tiempos de pandemia en Ojinaga, Chihuahua. En J. A. Trujillo Holguín, J. L. García Leos, A. C. Ríos Castillo y T. de J. García Cortés (coords.), *Desarrollo profesional docente: la evaluación de los aprendizajes escolares durante y después de la pandemia* [col. Textos del Posgrado n. 7] (pp. 241-252). Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R.

Resumen

Los desafíos que le plantea la COVID-19 al sistema educativo mexicano son múltiples. La evaluación del aprendizaje en las modalidades presencial, a distancia, virtual e híbrida, es un tema sensible que implica reflexiones sobre su aplicación y en tiempos de confinamiento se fusionó con el arte, ya que es una acción compleja que tiene la intención de medir el progreso de los alumnos. Se trata de no replicar el proceso evaluativo que se hace de forma presencial, cuando se trabaja a través de una cámara o celular inteligente. Además, la evaluación de aptitudes en pandemia tiene factores de riesgo, puesto que no solo depende del docente, sino también de la voluntad de superación y de práctica por parte del alumno que estudia desde su hogar. A pesar de la resistencia de algunos docentes al uso de las tecnologías, la pandemia prácticamente los obligó a adaptarse a una nueva realidad. La tarea más importante fue ayudar a todos los estudiantes a regularse emocionalmente y a que se sintieran capaces de seguir adelante. Pero la pregunta es: ¿Quién ayuda al docente? Él no es una máquina que inhibe emociones, por el contrario, su parte sensible es la que ha evaluado y valorado a los alumnos desde una visión humanista. Momentáneamente han dejado de lado la evaluación cuantitativa y sumativa, dándole prioridad a la formativa cualitativa, retomando los valores y la socialización, apostando a proveer un espacio de confort y de felicidad a los alumnos; al fin y al cabo, solo se vive un vez.

Introducción

Todo comenzó a finales del 2019, cuando solamente se veía en la televisión cómo la enfermedad COVID-19, ocasionada por el virus SARS-CoV-2, brotaba en China y se propagaba rápidamente. En ese momento, en la Escuela Secundaria número 7 Presidente Adolfo Ruiz Cortines, ubicada en la ciudad fronteriza de Ojinaga, Chihuahua, lo percibíamos como una noticia común y no veíamos el peligro que se acercaba. Día con día aumentaba la cantidad de personas contagiadas, hasta que llegó el momento que el virus invadió países europeos y después continentes. Los alumnos de la escuela ya empezaban a hablar del virus e incluso se presentaron bromas en el aula, pero cuando la COVID-19 llegó a México todo cambió. Empezó a afectar a todos los sectores sociales, económicos y educativos, pero lo más importante es que dicho virus estaba clasificado como altamente contagioso, por lo que lamentablemente se perdieron muchas vidas. El primer fallecimiento por esta enfermedad en México ocurrió en marzo del 2020 y para entonces el gobierno federal, en coordinación con la Secretaría de Salud, implementó una serie de medidas para prevenir y controlar los contagios. De esa manera inició la estrategia llamada *Jornada Nacional de Sana Distancia*.

Posteriormente se declaró una emergencia sanitaria y la Secretaría de Educación Pública (SEP) tomó medidas aún más rigurosas, entre las que se incluyó la extensión del periodo vacacional estudiantil de todas las escuelas,

tanto públicas como privadas, y de cualquier nivel educativo. Sin embargo, el periodo de retorno se extendió por más de un año.

La necesidad imperiosa de cerrar masivamente planteles escolares y de transitar a diversas modalidades de educación a distancia, virtual o híbrida, a fin de contener la propagación del virus, tomó a todos por sorpresa. Fue entonces cuando cada colectivo escolar diseñó la estrategia de educación a distancia, pensando en atender por alguna vía a los estudiantes. Aquí fue donde comenzó el gran desafío para el sector educativo –incluyendo a millones de hogares– para poder llevar la escuela y los aprendizajes a casa, en un país que no está preparado para este tipo de modalidad.

Los desafíos que le planteó la COVID-19 al sistema educativo mexicano fueron múltiples y entre los más urgentes se encuentra la atención a poblaciones vulnerables, mientras que, en lo concerniente a métodos educativos, lo fue la interrogante de cómo llevar a cabo el proceso de enseñanza-aprendizaje y la evaluación. Como la modalidad presencial ya no era la única opción, se tuvo que cuestionar cuál sería la mejor forma de impartir clases según el contexto, pero esto desató un reto: el de la evaluación, ¿cómo poder evaluar aprendizajes cuando el problema radica en la poca o nula experiencia de enseñar contenidos a distancia?

El arte de la evaluación en las diferentes modalidades

La evaluación del aprendizaje en la modalidad presencial, a distancia, virtual e híbrida, es un tema sensible que implica reflexiones sobre su aplicación, más cuando los procesos de enseñanza-aprendizaje o de trabajo que se tenían en el aula fueron modificados durante la pandemia. En dicho escenario, la educación cobró relevancia para garantizar la continuidad académica en diferentes niveles educativos. Revisar los procesos de la evaluación se vuelve una tarea reflexiva y de acción indispensable si se percibe como arte, pues el dilema se relaciona con su naturaleza como ciencia o como habilidad. Ambas concepciones tienen similitud procedimental, ya que estos ámbitos están entrelazados por el dualismo que caracteriza el saber desde la definición de ciencia experimental: por un lado, la enseñanza con el objetivo de la verdadera realidad; por el otro, el conocimiento subjetivo de la realidad representada y mediada por quien la conoce, pero si se llegara a evaluar sin conocimiento del estado en general del objeto evaluado, entonces la apreciación deja de ser un arte y se convierte en una acción arbitraria sin fines de mejora, es decir, en la evaluación en tiempos de pandemia se percibe la tensión entre la transparencia del objetivo, que se refiere a una realidad que se puede medir, propia del positivismo, pero, ¿qué tan real resulta dicha medición en una educación virtual o a distancia? Por ello se debate como una evaluación, valoración o simulación administrativa de los supuestos aprendizajes adquiridos por los estudiantes.

En las artes, la sede de la evaluación es interna y el llamado lado subjetivo de nosotros mismos tiene la oportunidad de entrar en acción. En cierto sentido, el trabajo en las artes nos permite dejar de mirar por encima del hombro y dirigir nuestra atención hacia el interior, hacia lo que creemos o sentimos [Eisner, 2004, p. 27].

Por consiguiente, la evaluación se ha fusionado con el arte, ya que es una acción compleja que tiene la intención de medir el progreso a partir de la información que se recopila sobre el desarrollo de los alumnos, siendo un medio para una extensa escala de fines educativos y es primordial para todas las diligencias educativas, además es una práctica que incluye a múltiples elementos en contextos socioculturales específicos. La evaluación no es un instrumento cuyo valor se califique técnicamente, ni un remedio que pueda solucionar todos los problemas educativos y sociales, más bien es una actividad cíclica cuya intención vital es pedagógica, es decir, ayudar a los maestros a planificar la enseñanza y orientar el aprendizaje de los estudiantes; por lo que la evaluación implica valorar los conocimientos, la actitud y el desempeño de los alumnos a lo largo de un curso. La evaluación puede ser todo un arte puesto que la primera reflexión que deberíamos tener, al establecer los criterios, serían los objetivos del curso y el nivel de compromiso por parte de los estudiantes, pero sin dejar de lado las barreras que enfrentan.

Por ejemplo, si hacemos una analogía diríamos que en un curso de artes plásticas en la escuela secundaria puede ser que el objetivo principal sea que los adolescentes expresen el arte, aprendan a expresarse a través de la pintura o la escultura y despertar su creatividad. En este tema, ¿cuáles serían los juicios de estimación?, tal vez alcanzaría solo con tener una conducta apropiada en el aula y cumplir con las acciones planteadas por el docente para tener una buena calificación. Sin embargo, para un estudiante de artes plásticas de nivel universitario o profesional no correspondería emplear los mismos criterios, aunque siga siendo importante fomentar la creatividad y la expresión a través de la pintura o la escultura. Los propósitos del curso o materia cambian a medida que aumenta el nivel escolar de los estudiantes, es decir, naturalmente se espera un mayor nivel de compromiso en el alumno de más edad y de alto bagaje académico, sin importar cuál sea la materia que se está evaluando. Pero, ¿qué sucede cuando desconoces el nivel del alumno, su formación, sus talentos, su historia? Tal vez se pueda evaluar la obra, pero no al autor, y esto es prácticamente el común denominador con la evaluación a distancia.

La evaluación se realiza básicamente con respecto a la perspectiva de cada docente. Esta representación está formada por experiencias empíricas y académicas que han tenido durante su etapa como maestros y todo lo llevan a un aprendizaje sobre el tema de evaluación. Medina et al. (2007) mencionan que “es necesario el entendimiento contextual de los procesos psicológicos y sociales, sus protagonistas y los eventos que suceden identi-

ficando convergencias y divergencias” (p. 185). Algunos docentes, más que la acción conceptual de evaluar, aprecian más las actitudes, valores y el *saber ser* que los propios contenidos del plan y programas; lo que nos dice que el ser humano es difícil de evaluar, porque al poseer la capacidad permanente de aprender convencionalmente, evolucionar, adaptarse y cambiar, en el terreno educativo se torna en una actividad aún más compleja.

Además, si los docentes tienen una gran variedad de enfoques y visiones, pues también los tiene la diversidad de alumnos a la hora de aprender. Por ello la evaluación formativa se asemeja a la apreciación del arte, ya que se evalúan los procesos cognitivos a la par con los enfoques humanistas, lo que hace reflexionar sobre el gran impacto que acarreó la pandemia con respecto al proceso de enseñanza-aprendizaje y su evaluación a distancia. No se trata de replicar lo que se hace de forma presencial a lo que se hace a través de una cámara o celular inteligente, además muchos jóvenes ni siquiera tienen estos medios, por lo que fue un buen momento para experimentar y aprender sobre el arte de evaluar.

La evaluación de actitudes, aptitudes, conocimiento y desempeño en pandemia

En ocasiones los docentes se han preguntado si es viable tomar en cuenta las actitudes de los estudiantes, considerando que estas acciones se practican día tras día, construyen la cotidianidad y nos forman como personas. No es necesario ser amable para aprobar una asignatura, y hablando de matemáticas –por ejemplo–, ser cordial no hace que resolvamos mejor o peor un sistema de ecuaciones, pero si se enseña con dicho valor, puede que la cortesía se desarrolle en los alumnos y puedan cimentar una sociedad en la que existan el respeto y la tolerancia. Cuando las personas desarrollan buenas actitudes en el estudio de cualquier asignatura, se predisponen positivamente y, en caso de surgir un problema, se crearán capaz de resolverlo, haciendo uso del conocimiento (Gómez, 2000).

En el sistema escolar, los alumnos aprenden el valor de las calificaciones finales de una materia, pero si no damos un peso importante a las actitudes, entonces la evaluación pierde totalmente su propósito. Por ejemplo, un estudiante que logra un 10 en un examen copiando los resultados de un compañero y el docente –aunque logró darse cuenta– no reprime al alumno y lo deja pasar por alto, entonces, ¿qué estamos fomentado? Tal vez la cultura de la mentira y la corrupción que tristemente impera en nuestro país. Sin embargo, este ejemplo se presentó reiteradamente durante el confinamiento.

Los indicadores de evaluación ya no son los mismos e incluso podría decirse que los criterios de una tarea determinada han reducido de nivel, afectando directamente al alumno. También hay que mencionar que no es culpa del estudiante, ya que él hará todo lo posible por aprobar en la materia, e incluso sus familiares pueden o no estar atentos a las tareas, pero no

al aprendizaje real, dejándoles de interesar el valor del conocimiento. ¿Qué tanto el docente puede incidir en estas acciones, cuando se sabe que no existe un maestro en casa? Pero más importante aún, ¿cómo se puede dar una evaluación seria en pandemia si realmente el problema de raíz está en la poca enseñanza?

Ahora bien, ¿qué pasa con la evaluación a distancia de las aptitudes? Las aptitudes son los conocimientos adquiridos, todo lo que se ha ido aprendiendo a lo largo de la vida académica, la capacidad que tiene un individuo para realizar cualquier función. Las aptitudes permiten tener una percepción clara de las fortalezas y límites de los alumnos cuando se establecen metas, de acuerdo a las circunstancias en las que vivan. Por otro lado, hay que hacer una distinción entre las aptitudes sobresalientes innatas del estudiante y aquellas que se obtienen por medio de la práctica, ya que no toda la población escolar muestra la misma experiencia, debido a que esta depende del contexto y núcleo familiar en que se desarrollan los alumnos.

Es importante conocer las aptitudes individuales que posee cada estudiante. Aizpun et al. (2015) señalan que en los alumnos “es primordial poder desarrollar una serie de habilidades críticas para su futuro profesional, tales como creatividad, trabajo en equipo, resolución de problemas, liderazgo e innovación” (p. 122), por lo que se recomienda trabajar bajo proyectos que impliquen al alumno acceder a la metacognición. Por consiguiente, la evaluación de aptitudes en pandemia tiene múltiples factores de riesgo, puesto que dependerá tanto de la voluntad de superación y de práctica por parte del alumno que estudia desde su hogar, como también del sistema educativo para poder desarrollar cada una de las capacidades de los estudiantes. A distancia resultó todo un reto atender y potencializar las aptitudes de cada uno de los estudiantes por medio de trabajos enviados por celular o videoreuniones, que si bien ayudaron a continuar con la comunicación, jamás sustituyeron a la observación como instrumento para evaluar procesos.

Vayamos ahora a reflexionar sobre el conocimiento y desempeño de los alumnos durante la pandemia. A mi parecer, es de suma importancia evaluar todos los rubros, porque no es suficiente tener los conocimientos de una materia. Como ejemplo, para los alumnos que vienen de los Estados Unidos de América, quienes han desarrollado la lengua inglesa, es muy fácil acreditar la asignatura de Inglés. Sin embargo, las formas de evaluar si el estudiante posee o no dichas habilidades lingüísticas se están limitando a solo un examen o trabajos digitales, pero la evaluación del idioma va más allá de eso, porque se deben tener en cuenta otros aspectos como el dominio de procedimientos, manejo de instrumentos, confianza y desempeño al desarrollar una tarea de socialización, entre otros.

Es decir, no basta con *saber* si no lo combinan con el *saber ser*. Es por ello que en clases presenciales se busca el equilibrio adecuado de diferentes acciones en las que el estudiante manifiesta dominio de conocimientos de la

materia y su desempeño en la sociedad: puntualidad, limpieza en el trabajo, orden, constancia, buena escritura, ortografía, conducta y valores humanísticos. Estas competencias son deseables en todo ser humano y con mayor razón en aquellos que están en su etapa formativa en la educación básica. En pandemia e incluso en educación híbrida, al establecer los criterios de evaluación de un curso, debemos ser cuidadosos de estos y otros aspectos, por eso destacamos que evaluar es todo un arte, pues reconocer el esfuerzo y el proceso de los estudiantes no es tarea fácil.

A la distancia, el nivel de desempeño de un alumno puede llegar a ser una simulación y se puede emitir una valoración en la que el docente valida que el estudiante está trabajando bien y que ha llevado un desempeño excelente, pero, ¿cómo puede asegurarse si no está en pleno contacto con el alumno? Se pueden cometer errores fácilmente, por ejemplo, en el caso del alumno que ha entregado todas las actividades, seguramente su calificación cuantitativa será de un 10, mientras a otro de cuyas actividades no se tienen registros se le otorga una calificación baja. En ambos casos, no se evaluó el desempeño ni los procesos, es decir, no existe realmente una evaluación formativa, solamente fue un simple registro de actividades, una palomita o una tachita en una hoja de cálculo, manifestándose como una evaluación fría, adjudicando que el problema lo tienen los jóvenes perezosos cuando el factor principal fue el falso contacto.

La incoherencia de las redes sociales en la educación

En la nueva normalidad, la adaptación a la docencia en línea y a distancia es un tema en el que, aunque se ha presentado de manera global, también existen diferencias significativas en los microsistemas organizacionales prevalecientes en las escuelas, por lo que estos centros educativos –e incluso en la misma plantilla docente– tienen sus propias perspectivas en lo que se refiere a temas de evaluación. A pesar de la resistencia de algunos docentes al uso de las tecnologías, la pandemia de COVID-19 llevó a tener que adaptarnos a una nueva realidad. Alumnos y profesores tuvimos que enfocar el final del ciclo escolar 2019-2020 y el 2020-2021 lejos de las aulas. Las aplicaciones y plataformas, tanto de computadoras y teléfonos inteligentes como *Google Meet*, *Classroom*, *Zoom*, *Hangouts*, *Canvas*, *WhatsApp*, *Kahoot!*, entre otras, continúan sirviendo en la comunicación con la población estudiantil.

Ante la expectativa de continuar con las actividades del ciclo escolar, docentes y estudiantes hemos hecho un sobreesfuerzo para evolucionar académicamente en el uso de diferentes aplicaciones, a pesar de que en un principio no fueron hechas pensando en la educación. Las *apps* son utilizadas con la finalidad de establecer contacto con nuestros alumnos y de ese modo hacernos presentes en la virtualidad. El proceso virtual fue muy complejo porque la formación previa era prácticamente nula y la manera de interactuar no se parece en nada a lo acostumbrado de forma presencial.

Si se había hecho una planificación de hacer las evaluaciones utilizando alguna plataforma tecnológica (*Zoom, Meet, Webex*, etc.) y falla la conexión en el momento de la evaluación, se puede disponer de una estrategia alternativa, por ejemplo, enviar los documentos vía correo electrónico y recibir la evaluación por el mismo medio (Fardoun et al., 2020, pp. 6-7).

Los profesores que realizan clases en línea demandan ajustes y apoyos, además de formas de utilizar el ambiente virtual de manera clara y concisa por el corto tiempo que se tiene en la clase tras una computadora. También, el lapso de preparación de las clases y ejercicios en modalidad virtual –a mi parecer– se duplicó, ya que, como sabemos, no todos los alumnos poseen las herramientas digitales y en muchas ocasiones únicamente cuentan con el celular de algún familiar que se lo facilita cuando llega a casa. El docente tuvo que trabajar más e incluso en horas a contraturno, tratando de obtener alguna evidencia del estudiante. Las jornadas de trabajo de docentes, directivos y personal de apoyo y asistencia fueron maratónicas, laborando desde casa y asistiendo a reuniones virtuales para tomar decisiones por el bien común.

La etapa de docencia a distancia en los primeros días y meses del confinamiento en realidad no estaba ni cerca de terminar, pero no lo sabíamos. Nos enfrentamos al reto de evaluar de manera justa y equitativa en los periodos que establece el calendario escolar, poniendo en tela de juicio los valores de integridad. En redes sociales se han viralizado videos en los que les muestran a los alumnos cómo obtener respuestas correctas en un examen por medio de *Google Forms*, a través de su código fuente; así como *apps* para solucionar un problema matemático. Muchos alumnos han “aprendido” cómo hacer un ensayo de forma casi automática en cualquier idioma, con solo escribir algunas frases claves. Ante esta realidad, surge un aspecto que nos lleva a reflexionar sobre qué tan buena es la evolución de la enseñanza por medio de las competencias digitales en la escuela secundaria y qué tanto es una simulación del contenido del conocimiento.

Muchos profesores dudamos de la evaluación en tiempos de pandemia. En el Consejo Técnico Escolar (CTE) nos preguntábamos si serían realmente los estudiantes quienes realizaban las actividades, si podríamos evaluar lo que los alumnos estaban aprendiendo o si estábamos afectando o ayudando a quien evaluábamos sin haber tenido contacto con él. La SEP, con base en acuerdos secretariales, eliminó los factores reprobatorios, estableciendo el concepto de evaluar como una forma de evitar el abandono escolar, lo que a mi parecer es bueno por el desconocimiento de las situaciones que viven los alumnos en sus respectivos hogares. Sin embargo, hoy se conocen casos en los que las familias tienen todas las facilidades económicas y tecnológicas, pero no lograron comprometerse con la escuela ni con la educación de sus hijos.

En este último caso, los profesores se sienten engañados y poco valorados, además de que tristemente se ha escuchado a nivel social, en los medios de comunicación, que los docentes no trabajaron y recibieron su salario gratis,

cuando en realidad la escuela se adaptó en tiempo récord. Se incorporaron nuevas metodologías, cuestionarios en línea; se recibieron y revisaron un sinfín de fotografías por celular y se le dio más tiempo a la escuela, a través de aplicaciones y plataformas. En realidad, no estamos tan seguros de qué tanto nos ayudó la educación virtual, puesto que –en muchos casos– el alumno no tuvo rostro, solo era un número telefónico o un correo electrónico. En las videollamadas se solían apagar las cámaras y parece incoherente que la tecnología ayude a la comunicación, pero disminuya la parte humana; aún cuando se supone que la educación empieza por la socialización.

El reto de saber gestionar las emociones en pandemia

Al inicio del ciclo escolar 2021-2022 se hablaba de que el regreso a las aulas era inminente. En la Escuela Secundaria Adolfo Ruiz Cortines de Ojinaga, Chihuahua, se establecieron los protocolos de seguridad dictados por el sector salud, pero más allá de las medidas sanitarias, los docentes empezaron a recibir en las aulas a unos cuantos estudiantes, priorizando a quienes durante el ciclo escolar pasado no habían tenido contacto con la escuela. Los alumnos fueron llegando, algunos junto con los padres de familia, con miedo a ser contagiados, pero también se dieron cuenta de la importancia de la escuela. Algunos mencionaron que disfrutaron del contacto con la familia y de una menor presión académica, mientras que otros pasaron por experiencias difíciles y potencialmente traumatizantes.

Para la mayoría, incluyendo a los docentes, el reto más grande fue mantenerse motivados, cosa que no es para nada fácil. “Tanto en el educando como en el educador, la motivación es un componente necesario para el aprendizaje, entendido como una estrategia de supervivencia” (Restrepo et al., 2020, p. 7). El nivel de estrés en los actores educativos fue alto, y aunque las clases comenzaron con la mitad de los grupos y en periodos cortos, todavía estaba lejos la solución a problemáticas académicas. El principal desafío fue gestionar las emociones, pues lamentablemente muchas personas perdieron a alguno de sus familiares durante la pandemia.

Una de las tareas más importantes de los profesores sería ayudar a todos estos estudiantes a regularse emocionalmente y a que se sintieran capaces de seguir adelante. Pero, ¿quién iba a ayudar al docente? Él no es un instrumento de trabajo, ni una máquina que inhibe emociones o se programe para no sentirse afectado por sentimientos que proyectan los alumnos. Al contrario, su parte sensible fue la que evaluó y valoró a los alumnos desde una visión humanista. Varios profesores, al ser afectados por la pandemia, ahora reconocen en sus mismas prácticas que nada es más importante que la vida, compartir con seres amados y permanecer emocionalmente estables. Los acuerdos secretariales e incluso los lineamientos de los consejos técnicos optaron por acreditar al estudiante sin evaluar los conocimientos con base

en el plan y programas de estudio, es decir, la evaluación académica quedó en segundo término.

Los profesores han identificado cambios en las conductas de los alumnos con respecto a lo que ocurría antes de la pandemia, ya sea comportamientos desafiantes u otros síntomas como las dificultades con sus compañeros, cambios en el peso o señales de fatiga. Algunos alumnos desarrollaron una dependencia excesiva de los familiares adultos, están nerviosos en situaciones nuevas o muestran síntomas somáticos. Sin embargo, el problema no es la identificación de dichas condiciones, sino saber cómo ayudarlos para ser resilientes.

La resiliencia es concebida por tanto como un fenómeno, un funcionamiento, un proceso, o, a veces, como una característica que refleja una capacidad. Este fenómeno no es constante o permanente, pudiendo el sujeto, o en este caso particular, el educador, ser resiliente en ciertas áreas y no en otras, consistiendo la resiliencia principalmente en un equilibrio de fuerzas [Aguaded y Almeida, 2016, p. 168].

En los CTE se ha intentado –superficialmente– tocar el tema de la resiliencia, pero se trata pensando que con un video o actividad es suficiente para recuperarte emocionalmente y con ello avanzar en las valoraciones socioafectivas de los alumnos, para después entrar en materia académica. Si bien el regreso a clases nos ayudó a convivir, socializar e incluso a lograr una sonrisa y por momentos olvidarnos de las situaciones negativas como la pérdida de familiares, la verdad es que en la escuela secundaria nos duró poco.

Pese a las acciones del gobierno y a la campaña de salud, la población empezó a hacer caso omiso a la limitación de aglomeraciones, y aunque en la escuela las medidas son inapelables, fuera de ella no ocurre de la misma manera; tanto así que, lamentablemente, al inicio del ciclo escolar 2021-2022 se volvió a retroceder y hubo contagios de alumnos, padres de familia y personal educativo. Las autoridades de salud dictaminaron que la escuela quedara en cuarentena, aún sin alcanzar siquiera a conocer a todos los alumnos en el primer periodo de evaluación.

Después, gracias al avance en la vacunación en los jóvenes de educación secundaria, el miedo al contagio fue desvaneciéndose. Con el pasar de las semanas los alumnos empezaron a asistir a la escuela y retomaron sus clases, aunque con dificultades para participar continuamente, e incluso hubo quienes se reincorporaron al final del ciclo escolar. Estas situaciones expusieron nuevamente el tema de evaluación, ocasionando largos debates entre docentes, pero al final de cuentas la solución fue calificar y no evaluar, unificando el criterio a la no-reprobación. Como profesor de la asignatura de Inglés, con formación y experiencia en enseñanza de una segunda lengua, acreditar a todos los alumnos no fue ningún problema, pero para otros docentes fue prácticamente una falta de respeto. Pero habría que entender que –por la pandemia– el concepto de calificar como tal no empata con la

educación de calidad y atención a la diversidad, ya que lo que se pretende es evitar el abandono escolar y fomentar la reestructuración socioemocional.

A pesar de todo lo negativo que nos ha traído la pandemia, creo que también vamos a encontrar aspectos positivos de esta circunstancia excepcional. El hecho de que los alumnos valoren las clases a distancia y el esfuerzo diario del profesor, a pesar de las dificultades técnicas, la falta de recursos y de formación, ya es un avance. Si además ponemos nuestra creatividad y nuestro empeño al servicio de una evaluación justa e íntegra, quizás también habremos conseguido dar un paso más hacia la enseñanza a distancia y mejorar la atención diversificada que tanto necesitan nuestros alumnos. La escuela como organización debe seguir aprendiendo.

Conclusión

La transición a una educación a distancia fue compleja y desigual. El sistema educativo no está preparado para extender en tiempo récord un aprendizaje a distancia eficaz que responda a una situación como esta, y menos asegurando calidad y equidad en el proceso. La suspensión de clases en el contexto del distanciamiento social impuso a las familias nuevas tareas y mayores restricciones para hacerle frente a sus obligaciones laborales, pero también a las relacionadas con la escuela de sus hijos.

En la educación a distancia se complicó la comunicación, el enfoque inclusivo, detectar las barreras de aprendizaje, retroalimentar y asegurarse del desarrollo de saberes, afectando la relación de confianza y aumentando la fatiga mental. Además, no todos partieron del mismo punto ni tuvieron los mismos recursos o capacidades para hacerlo de manera efectiva: el acceso a dispositivos es muy desigual en los hogares y más aún en un periodo de confinamiento en el que todos los miembros del hogar pueden tener necesidad de usarlos. El Acuerdo secretarial 26/12/19 menciona que a los estudiantes no contactados no se les puede evaluar con una calificación numérica, ya que al desconocer situaciones complicadas por las que pueden estar atravesando ellos y sus familias, no sería justo expedir una calificación cuantitativa sin antes realizar una formativa que le permita al docente conocer el proceso y obtener una retroalimentación.

En conclusión, el sistema educativo tiene como prioridad minimizar el abandono escolar y fomentar la atención socioemocional de todos los alumnos. Es por ello que como docentes debemos olvidar en cierta parte la evaluación cuantitativa y sumativa, para darle prioridad a la cualitativa, valorando el esfuerzo por menor que sea, enfocarnos en desarrollar la parte humanística y retomar los valores que se han perdido. Se requiere recuperar el verdadero propósito actual de la escuela, que es la socialización y no los contenidos, darle un espacio de confort y de felicidad a nuestros alumnos; al fin y al cabo, solo se vive una vez.

Con estas breves reflexiones, extiendo mi reconocimiento a todo el personal de la Escuela Secundaria número 7 Presidente Adolfo Ruiz Cortines, que muchas veces solo nos vemos y saludamos en los pasillos, sin conocer por lo que cada uno estamos pasando, los retos emocionales, las batallas interiores. Todos encubrimos tristezas, la mascarilla nos oculta la sonrisa, pero no la emoción de que somos sobrevivientes y estamos para ayudar a la comunidad. Lo hemos intentado y seguiremos haciéndolo. La escuela no es únicamente un espacio físico o académico, sino que es –esencialmente– un gestor de la felicidad.

Referencias

- Aguaded, M. C., y Almeida, N. A. (2016). La resiliencia del docente como factor crucial para superar las adversidades en una sociedad de cambios. *Tendencias Pedagógicas*, 28(2016), 167-180. <https://doi.org/10.15366/tp2016.28.012>
- Aizpun, M., Sandino, D., y Merideno, I. (2015). Developing students' aptitudes through University-Industry collaboration. *Ingeniería e Investigación*, 35(3), 121-128. <https://doi.org/10.15446/ing.investig.v35n3.48188>
- Eisner, E. (2004). *El arte y la creación de la mente*. Planeta. https://www.planetadelibros.com/libros_contenido_extra/43/42968_el_arte_y_la_creacion_de_la_mente.pdf
- Fardoun, H., González, C., Collazos, C. A., y Yousef, M. (2020). Estudio exploratorio en Iberoamérica sobre procesos de enseñanza-aprendizaje y propuesta de evaluación en tiempos de pandemia. *Education in the Knowledge Society*, 21(17), 1-9. <https://repositorio.grial.eu/bitstream/grial/2091/1/23537-79772-1-SM.pdf>
- Mato, M. D. (2010). Mejorar las actitudes hacia las matemáticas. *Revista Galega Portuguesa de Psicología en Educación*, 18(1), 19-32. <http://hdl.handle.net/2183/8408>
- Medina, M. V., Bernal, B. L., Galeano, M. P. H., y Lozada, C. (2007). Lo psicosocial desde una perspectiva holística. *Revista Tendencia e Retos*, (12), 177-189. <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4929306>
- Restrepo, S., Alonso, M. M., Vallejo, S., y Álvarez, E. (2020). *Educación, sociedad y empresa en tiempos del COVID-19*. Frontera Abierta.

Ramón Reza Gaspar. Realizó estudios profesionales en el Instituto Tecnológico de Parral, Universidad Autónoma de Chihuahua, Escuela Normal Superior Profr. José E. Medrano R., y Universidad Regional del Norte. Es miembro activo del Colegio de Doctores en Ciencia Ariel, A.C. Ha ejercido actividades docentes en los niveles de educación primaria (Centro de Atención Múltiple), secundaria, educación para adultos, educación media superior y posgrado; unificando sus pasiones: la informática, lengua inglesa, educación especial y la investigación pedagógica. Su enfoque inclusivo consiste en brindar educación basada en el aspecto socioafectivo, viendo las escuelas como espacios sustantivos para aprender sonriendo. Correo electrónico: ramon.reza.gas@chih.nuevaescuela.mx